

**SILVIO
BERLUSCONI**



PAPI

Seré circular, porque la Historia en la Península no se repite como drama ni como comedia sino como presente imperfecto: Silvio Berlusconi existe porque Italia es Italia.

Su dominio de la política y de los negocios peninsulares ha sido posible por la polarización y el cinismo de sus paisanos. La mitad del país desconfía del macho charlatán que engordó su fortuna desde la residencia oficial de todos los primeros ministros, la sugestiva Villa Madama. La otra mitad ha visto en Berlusca al padre de la nación, un emprendedor carismático victimizado y perseguido por políticos y jueces mediocres envilecidos por la tirría y la envidia de un tipo exitoso que un día se queda con un gran club de fútbol y el otro se folla a las mejores nalgas del Piemonte.

Con tres gobiernos en las espaldas, una riqueza billonaria, dos exesposas y una corte de amantes, Berlusconi era quien deseaba ser: había demostrado que era posible alcanzar la cima del placer lujurioso —dominio, dinero y mujeres— y sentirse invulnerable. La lujuria absoluta. Sin culpa ni castigos.

Por décadas, modeló una porción de la psicología italiana a través de su red omnipresente de medios plagados de mujeres felinas, comentaristas gritones y sensacionalistas que denuncian de todo, un día en blanco y el otro en negro, desde la destrucción de la pobre Italia al gran momento de la gran Italia, sin que se les arquee un milímetro una ceja.

Berlusconi ha hecho del populismo una escuela extendida de la que es director, maestro y alumno aplicado. Su

ideología no ha sido otra que la perpetuación de su señorío político y económico sin importar que el socio fuera la fascista Liga Norte, Tony Blair o Muamar el Gadafi. Empujar la ley hasta casi su punto de quiebre es un comportamiento deportivo: si Berlusconi fue por demasiado tiempo *Il Cavallieri* ha sido sólo porque Italia todavía era bastante republicana como para llamarlo *L'Imperatore*.

Berlusconi ha hecho de la vanidad y el deseo una cuestión de Estado, anticipando un universo cuyos escándalos ahora resultan cada vez más normalizados. Sus *affaires*, sus comentarios xenófobos, la actitud de machito-pecho-hinchado y su desprecio por las formas y los protocolos cautivaron al *popolo* que decidía las elecciones. Sucede con cualquier rey del descentramiento: por donde él pasa, diminuto Atila, no vuelve a crecer otro argumento.

Berlusconi batalló el complejo de los pequeños. Veleidoso, afanoso para ser el centro de toda conversación, usaba y usa plataformas para parecer más alto que otros napoleones como Vladimir Putin y *lovers* como Nicolás Sarkozy. Su peluca de hebras jamás pierde forma ni color; su rostro se eterniza como un parche de caucho estirado sobre el cráneo. En la lógica populista, el macho no sólo debe serlo sino parecerlo —y mucho.

Mientras *Berlusca* gobernó no tuvo par que usase la lengua con tanta despreocupada soltura ni pensase con el pene como él. Desairar a sus pares europeos o sugerir que Mussolini fue *Il dittatore benigno* estaban en su lista de tareas para después del desayuno.

En su determinación de gozar una eterna juventud, Berlusconi fue el primero en garantizar a la mujer un lugar en la política italiana: arriba o debajo de los hombres. Otros le imitarían, pero sin su encanto de estafador amoroso. *Il Cavallieri* siempre recomendó a las jóvenes mirar la billetera del candidato antes de noviar. Cuando se lanzó a la arena, hizo

de las listas de su partido una carnicería: lomo fresco para el placer de los albañiles y los *tifosi*. Sus *velinas* fueron el negocio proteico más vital de la penosa política italiana.

(Alumnos, émulos conscientes o imitadores casuales no le faltan. Rafael Correa una vez se alegró porque, decía, «la igualdad de género» mejoraba «la farra» y «el buen vivir» pues había visto asambleístas en minifaldas con unas piernas «impresionantes». El predecesor de Correa, el también populista Abdalá Bucaram, se jactaba de tener los «huevos más gruesos» que su competidor de entonces, León Febres Cordero, un miembro de la élite ecuatoriana. Bucaram gustaba de exhibir su apetito erótico porque creía que el cachondeo y la impronta de macho brioso sumaba a su causa —no se equivocaba. Bailaba en sus actos multitudinarios mientras alzaba la falda de su candidata a vicepresidenta —Rosalía Arteaga— para mostrar que tenía «buenas changas». Sus seguidores, claro, lo vitoreaban. El uso de la mujer en el populismo no es menor: Berlusconi las reducía a carne, atractivo, rescataba su belleza y sensualidad si eran jóvenes y su valor maternal si eran mayores: ambas remitían a *servir* —a la farra y el buen vivir y a la patria quienes ya parieron— o ser *servidas*.)

Por supuesto, no hay emperador que calle el descontento social ni a un harén de por vida. Berlusconi debía caer por el hartazgo de los votantes, por los desmanejos financieros y por una crisis densa como un sargazo; en cambio, se desbarrancó por su apego a la entropiada femenina. El comportamiento de chulo consumado acabó fisurando los ánimos por izquierda y derecha, por supuesto, pero la ruptura con la masa enamorada sucedió cuando su esposa y amantes de palacio le sacaron los colores en una telenovela de vejámenes públicos.

El divorcio popular llegó después de que su esposa lo acusara en los medios de mantener relaciones —encamar-se, vamos— con Noemi Letizia, una burbujeante napolitana

de dieciocho años que lo llamaba, con toda candidez, «Papi». Berlusconi organizó la fiesta de cumpleaños de la mayoría de edad de la chica, a la que colmaba de regalos, como si no hubiera nada malo. Y para él no lo había: Berlusca nada más actuaba según su *modus vivendi*. *Dolce far niente* que la vida es corta, *caro*. Eso también incluía relajarse largas horas en fiestas con decenas de jovencitas en su Villa Certosa, en Cerdeña. Allí el fotógrafo Antonello Zappadu pescó al ex primer ministro checo Mirek Topolánek tomando sol en pelotas rodeado de mujeres, y con el honor del caballero de pene flácido al sol se vino a pique también la red que patrocinaba a Papi.

Conocedor de sus cuitas, Berlusconi preparó una caída con colchón. En desgracia, *Il Imperatore* ya no persiguió muchachas sino que se puso serio y salió a buscar dispensas para su voluntad hipertrofiada. En su ocaso al frente de Italia ya no estaban la mafia siciliana ni las logias masónicas para defenderlo y sus socios habían abandonado el barco como corresponde a las ratas, sin avisar y en masa. ¿Será que así huele el infierno de los lascivos y hedonistas?

Antes de hundir la daga en la espalda de su *caro* Berlusconi para empujarlo fuera del gobierno, el fascista Umberto Bossi citó a la historia en el Congreso: «Nada es eterno», dijo. Ni siquiera Roma; ni siquiera Papi.